

Solitario George

Se llama Solitario George o así es como lo apodan. Otros le dicen Lone-some George, the *giant tortoise* (la tortuga gigante), porque es su nombre internacional; o lo reconocen también como «antediluviano animal», tal como lo hacía Charles Darwin, muy famoso por estas islas, según mi mamá. Y, aunque *antediluviano* suene a remedio casero contra alguna enfermedad, no significa otra cosa que ‘anterior al Diluvio universal’. ¡Es decir que es viejísimo! Yo lo llamo simplemente George, mi mejor amigo.

Desde que lo conocí, hace algunos años, no ha parado de sorprenderme. No solo porque se cree que es

el último animal de su subespecie en todo el planeta; ni porque lo han venido a visitar miles y miles de personas alrededor del mundo, entre príncipes, artistas, científicos, turistas, etc., solamente para observarlo y tomarle una fotografía; ni porque es un símbolo nacional de conservación. No, no, no... George me asombra porque, a pesar de tener muchas pretendientes detrás de él, no ha logrado encontrar su media naranja y, aún siendo una tortuga de las islas Galápagos de más de noventa años de edad, no pierde las esperanzas de hacerlo.

Por eso me he propuesto propagar su historia. Por si alguien conoce algún galápagos hembra que quiera ser la novia de George y que lo acepte tal como es: un solitario enamorado.

¿Quién es esa tortuga?

Cuando lo conocí, era bastante gruñón. Fue una mañana a la hora del desayuno. Había pasado más de dos meses acurrucado entre las patas azules de mi mamá recibiendo el calor de su cuerpo y la comida en el pico. Ella pensó que ya era hora de que un piquero joven como yo aprendiera a buscar su propio alimento. La tarde anterior me lo había advertido a la orilla del mar:

13

—¡Mañana será un gran día, hijo! Tu padre y yo hemos decidido que ya es tiempo de que nos acompañes a pescar en el mar.

—¡Pero si el agua está fría! Además todavía tengo algunas plumas



blancas de pichón debajo de mis alas
—dije preocupado.

—Nada de eso. Ese plumón se te caerá en cualquier momento. Si no aprendes a pescar desde el aire, como lo hacemos los piqueros de patas azules, no sobrevivirás —contestó mamá.

15

No pude replicarle más: me dejó sin habla. Por último me dijo:

—Es la ley de la naturaleza.

Entonces, antes de que cantara el primer gallo, ya que hay algunos de estos invasores en la isla Santa Cruz, me escurrí de las patas de mi madre para escapar de mi inevitable destino sin que ella se diera cuenta. Caminé moviendo mis patas torpemente, como un soldado a quien le quedan grandes las botas, hasta que llegué a un refugio. Me encontré a salvo dentro de

un corral lleno de arena y vegetación, con abundante comida y agua. Pensé que no tenía nada de malo convertirse en vegetariano, así que decidí darle un picotazo a una gran hoja verde que encontré por ahí y, en eso... se movió en el suelo un caparazón al que había confundido con una gran roca. Lentamente se acercó hacia mí y, estirando un cuello largo y arrugado, me dijo con una voz seca:

—¿Qué haces aquí? ¿No te han enseñado a respetar a tus mayores?

—Ejem... Disculpe, señor tortuga...

—No soy cualquier tortuga. Soy un galápago —dijo.

—Está bien, señor galápago. Lo que pasa es que me moría de hambre y mi mamá quería que fuera a pescar con ella y, como yo le tengo miedo a las

alturas, me atreví a probar su comida. Pero yo no sabía que era suya: nomás pensé que estaba tirada por ahí. No se preocupe que no me gustó para nada: me pareció malísima. No sé cómo usted puede comer eso. No se parece en nada al delicioso sabor de las sardinas que me da mi mamá. Y, hablando de mamás, creo que ella me ha de estar buscando, así que mejor me voy...

17

Me disponía a levantar el vuelo cuando me fijé en que llegó un grupo extenso de turistas entusiasmados por fotografiar a esa inmensa tortuga macho que suspiró y metió la cabeza en su coraza. Pero, antes de hacerlo, me gritó:

—¡Oye, tú, Patas Azules! ¿Cuántos años tienes?

—Mmm... No sé, creo que apenas tengo meses.